PREVENIR LA SUCESIÓN.
EL PRÍNCipe de VAUDÉMONT Y LA RED DEL ALMIRANTE EN LOMBARDÍA

Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño

DURANTE la guerra de Sucesión el Estado de Milán dejó de formar parte de la monarquía de España. De este modo se dio un paso decisivo en el distanciamiento de dos territorios, la Lombardía y España, cuyos destinos se habían comenzado a anudar en 1521, con la irrupción violenta de la soldadesca española en la fase más intensa de las guerras de Italia. La Lombardía imperial regida por los ministros de Carlos V se convirtió en Lombardía española bajo Felipe II. El reparto de poder entre la oligarquía lombarda y los españoles al servicio de la corona se tuvo que reformular en tiempos de Carlos II, ante la pujanza de los naturales del territorio en un periodo de provincialización de la monarquía. En 1707 Felipe V perdió el dominio sobre las tierras lombardas y el Estado de Milán se desmembró de la monarquía. Con todo, la sombra de la Lombardía española siguió proyectándose durante tres décadas en el norte de Italia, como consecuencia del papel que desempeñaron los exiliados españoles en la corte de Viena. El Consejo Supremo de España administró los dominios italianos del emperador Carlos VI, favoreciendo la trayectoria de los ministros españoles en Milán.

En los años de 1706 y 1707 se llevó a cabo la separación territorial de la Lombardía del cuerpo de una monarquía de España, cuyos intereses y...
prioridades tendían a alejarse del corazón de Europa y viraron lentamente hacia el Atlántico y las Indias. El papel de los exiliados italianos establecidos en la corte de Madrid sería el de alentar y organizar el regreso del ejército español a Italia. En los años decisivos en los que se desmembraron Milán y Nápoles de la monarquía de España el gobernador del Estado de Milán era Charles-Henri de Lorraine, conde de Vaudémont, hijo natural del duque Carlos de Lorena. Vaudémont fue gobernador desde 1698 a 1707. Por tanto, fue el último gobernador de la Lombardía mientras este territorio formó parte de la monarquía de España. La trayectoria de Vaudémont y su labor política en Milán se enmarcan en este proceso de pérdida de los dominios europeos de la monarquía.

1. DE LA PROVINCIA A LA CORTE. EL ALMIRANTE DE CASTILLA Y EL ESTADO DE MILÁN

Durante la última década del siglo xvii el dilema sucesorio se convirtió en la cuestión primordial que vertebraba las facciones en la corte de Madrid. A lo largo de los primeros lustros del reinado de Carlos II los discursos políticos que legitimaban la preponderancia de una facción en el gobierno giraban en torno a conceptos como el alivio de los sufragios, la salvaguarda de la autoridad real, la restauración de la monarquía, el fomento del comercio y la reforma de los tribunales. La conservación de la paz y la aplicación de medidas de reforma en los ámbitos gubernativos y fiscales fue la fórmula imperante en la década de los ochenta con la finalidad de fortalecer los pilares de la monarquía ante los años decisivos que se avecinaban. A partir de la caída del conde de Oropesa en junio de 1691 la pugna por la sucesión a la corona española fue un referente cada vez más decisivo en la correlación de fuerzas entre facciones cortesanas.

En aquellos años asumieron un papel determinante dos aristócratas españoles que tenían notables intereses patrimoniales en las provincias italianas de la monarquía. Tanto el duque de Montalto como el Almirante de Castilla contaban con extensos estados señoriales y cantoneras rentas en el reino de Sicilia. Montalto y el Almirante tenían otro rasgo en común, ya que ambos habían desempeñado el puesto de general de la caballería en los antemurales de la monarquía en Europa, si bien Montalto sirvió en Flandes en guerra abierta y el Almirante lo ejerció en Milán en tiempos en los que la frontera lombarda no se vio amenazada por las tropas francesas. Tras el intento fallido del gobierno personal por parte de Carlos II durante unos meses en 1692 el duque de Montalto comenzó a ejercer un protagonismo creciente en el despacho de los negocios. La pujanza ministerial de Montalto estaba limitada por el papel político ejercido por la reina Mariana de Neoburgo y sus hermanas. Además de Montalto, tres aristócratas castellanos


4 Sobre las páginas faccionales durante el primer tercio en Milán del conde de Melgar remito a mi libro Milán y el legado de Felipe II. Gobernadores y corte provincial en la Lombardía de los Austrias, Madrid, 2001, pp. 240-248.
En 1678 fue designado gobernador interino del Estado de Milán. Este nombramiento era inesperado ya que la dirección del gobierno de la monarquía estaba por entonces en manos de Juan José de Austria, quien había desterrado de Madrid al Almirante. En 1680 el nuevo primer ministro, el duque de Medinaceli, confirmó en su puesto al conde de Melgar confiriéndole el carácter de propietario, es decir, perdiendo su condición interina y pasando a ser renovado por trienios. Coincidiendo con la caída de su cuñado el duque de Medinaceli y el inicio de un nuevo valimiento, el del conde de Oropesa, Melgar solicitó que le nombrasen sucesor y licencia para retornar a la corte real en abril de 1685. La respuesta del monarca se retrasaba prudentemente hasta encontrar otro destino alejado de Madrid para un aristócrata poderoso con ambiciones de poder. Así, el 3 de diciembre el rey informaba al consejo de Italia que había confiado a Melgar la embajada en Roma, tradicional antiescala del puesto de virrey de Nápoles, y que se le propusieran sucesores para el gobierno del estado. Carlos II y su valido optaron por elegir al conde de Fuensalida. Con todo, Fuensalida tardaría algunos meses en tomar posesión de su cargo por lo que en Milán continuó el gobierno del conde de Melgar hasta abril de 1686. Desde su salida de tierras lombardas la carrera de Melgar sufriría varios reverses, al resistirse a desempeñar diversos oficios que implicaban su alejamiento indefinido de la corte. En 1688 desempeñó el puesto de virrey en Cataluña. Al final logró encumbrarse en palacio mediante el acuerdo con la reina Mariana de Neoburgo. En 1691 accedió al consejo de Estado y sucedió a su padre en la dignidad de Almirante de Castilla.6

Durante quince años el conde de Melgar había estado ligado a la tierra y a la gente de Lombardía. En este periodo había madurado como gobernante. Incluso su gusto artístico, que se reflejó en un notable afán coleccionista, se reflejó en contacto con las cortes aristocráticas de las principales casas lombardas. Desde las revueltas provinciales de mediados del siglo XVIII se había transformado el valor estratégico de los reinos en la trayectoria de los patronos cortesanos. La peculiar trayectoria de Juan José de Austri puso de relieve la posibilidad de utilizar los reinos y señoríos de la monarquía como plataforma para alcanzar la dirección del gobierno en Madrid, tras acumular medios y fidelidades. En cierto sentido, la carrera del último Almirante de Castilla presentaba algunos paralelismos con la de don Juan en el aprovechamiento de las oportunidades que ofrecían las provincias para iniciar el asalto al poder. También compartieron el recelo de Carlos II ante su encumbramiento, que se le impuso al soberano. A pesar de detentar una de las jefaturas de la casa del rey, el puesto de caballero mayor, no parece que nunca se ganase su confianza y son abundantes los testimonios del desagrado de Carlos II hacia el Almirante, protegido de la reina. Como indicaba en enero de 1695 “el Rey teniendo precisamente que salir uno de estos días en público lo ha suspendido solo porque no tome posesión de los honores y preeminencias de caballero mayor” el Almirante.7 La fórmula del valimiento favorecía a la alta nobleza que se ganaba la confianza del monarca en el servicio cotidiano en palacio ocupando los principales puestos de las casas reales, como las jefaturas y las plazas de gentilhombres de cámara. Al privilegiar el servicio áulico se perjudicaba a los aristócratas que prestaban sus servicios a distancia militando en los ejércitos, y desempeñando embajadas y virreinatos. La debilidad de la autoridad regia en la última década de la centuria era una oportunidad para imponer la dirección al ministerio en función de la corrupción de fuerzas de la corte. La prolongada estancia del conde de Melgar en tierras lombardas fue motivo de polémica y confrontación pública cuando se convirtió en el aristócrata más poderoso en la corte de Carlos II. Sus detractores hicieron circular un oposicólogo en el que se le acusaba de consagrarse a los placeres y al vicio en Milán, dedicándose a una vida sensual, muy relajada y abominable en compañía de Fernando de Valdés, militar español destinado en aquella ciudad y que era hijo natural del rey Felipe IV. Según este escrito, Juan Tomás descuidaba sus deberes como gobernador y capitán general, “dándose enteramente a todo género de deleites, festines, teatros de Óperas, y en vestir las modas que salían a la francesa”. De este modo, se cuestionaba la labor del conde en un aspecto que más bien era crucial en sus tareas de gobierno, dada la relevancia de la corte de Milán como espacio de sociabilidad de la nobleza lombarda. Al igual que a numerosos gobernadores del...


8 Papeles del representante diplomático portugués Joseph de Faria. BA, cod. 49-X-30, f. 162.

9 Desde tierras catalanas Jorge de Hessen-Downsmiehad indicaba en octubre de 1697 que “el Almirante, con sus intrigas a la italiana, tiene engañados a la Reina y al padre Gabriel”. Reúnen de carta de Jorge de Hessen-Darmstadt al conde Alfonso Luis de Harack en Príncipe Adalberto de Baviera y Gabriel Mauricio Ramiro (eds.): Documentos inéditos referentes a las postierras de la Casa de Austria en España, vol. 1, reedición Madrid, 2004, p. 677. En cartas posteriores el Landgrave se refería al “diablo” del Almirante.

10 BM, ss. 10888, ff. 27-29.
Estado de Milán bajo Carlos II, a Melgar se le reprochaba su conducta galante y el papel que sus amantes o damas desempeñaron en la corte provincial. Estas diatribas se fundaban en parte en un estereotipo que circulaba en algunos círculos en la España de Carlos II, por el que se suponía que en Nápoles y Milán cobraba vigor una corriente filosófica y moral que cuestionaba los valores impuestos por la iglesia, y optaba por una forma de vida escéptica y dedicada al sensualismo. Por ello, se trataba de desacreditar a diversos ministros procedentes de los territorios italianos descalificándolos como acoitos. El Almirante de Castilla no se libró de ese sambenito, acusándose de ser un "impío ateísta" que no dudaba en fingir con hipocresía una vida espiritual y devota que encubriese su vocación libertina.

Mientras sus rivales políticos reprochaban al Almirante que se hubiese enriquecido con prácticas corruptas en Milán a través de las gestiones de su secretario de Guerra, José de Oliva, en el entorno del aristocrata no se dudaba en manipular su pasado lombardo. Un ejemplo evidente de tal estrategia fueron las instrucciones sobre su semblanza biográfica en la dedicatoria del libro de la vida de San Francisco de Borja que escribió el jesuita Álvaro Cienfuegos. Se llegaba a ensalzar "la subordinada y puntual obediencia que profesó a sus oficiales mayores" y a su capitán general en Milán en el periodo en el que desempeñó la plaza de maestro de campo del tercio de Lombardía, cuando enepezaba una facción abiertamente hostil al gobernador y no dudaba en desobedecer sus órdenes. La controversia sobre el pasado lombardo del Almirante tenía como finalidad declarada legitimar o cuestionar los méritos que justificaban su elevación al ministerio supremo en la corte regia.

2. LA CONFIGURACIÓN DEL PARTIDO DEL ALMIRANTE

De la heterogénea red del Almirante formaron parte religiosos como el jesuita Álvaro Cienfuegos, militares como el conde de la Corzana y hombres de pluma, como su secretario Juan Antonio Romeo y Anderaz, todos ellos destinados con el tiempo a desempeñar un papel relevante en la contienda sucesoria y en el gobierno austriaco. Entre los clientes que vincularon su fortuna con la del Almirante durante su etapa como gobernador de Milán se pueden destacar ministros y clérigos como el togado napolitano Francesco Moles y el jesuita Casnidi. Moles descendía de una familia catalana que se trasladó a Nápoles para servir al rey en los tribunales supremos, y había permanecido en el Regno durante varias generaciones. Tras ejercer la abogacía, Francesco siguió el cursus honorum de la toga, juez y fiscal de la Vicaría, preside en la provincia de Trani, presidente de la cámara de la Sumaria y gobernador de la aduana de Foggia. De Nápoles se trasladó a Milán donde formó parte en 1678 de la Junta de Visita, llegando a ser nombrado visitador general. En mayo de 1681 fue nombrado regente nacional por el reino de Nápoles en el consejo de Italia, puesto que desempeñó durante dos años y medio. A mediados de 1683 el conde de Melgar, gobernador del Estado de Milán, reclamó la presencia de Moles en tierras lombardas para que se auxiliase en las tareas gubernativas. El letrado napolitano siguió la llamada de su patron y recibió el puesto de Gran Canciller, que sirvió hasta que acabó el gobierno de Melgar. Después Moles fue regente del Consejo Colateral en Nápoles, hasta que Melgar, convertido en Almirante de Castilla tras la muerte de su padre, movilizó su influencia en palacio para que se confiase a Moles diferentes misiones diplomáticas en Italia, siendo nombrado enviado del rey católico ante la república de Génova y embajador en Venecia. En 1698 la figura de Moles se ganó la protección de otros príncipes, respaldando al Elector Palatino su eventual candidatura a la secretaría del despacho universal. A principios de 1699 Carlos II llamó a Moles para que acudiese a la corte, con el pretexto de pasar a servir la embajada de Portugal. En abril de 1699 se resolvió que mientras permaneciese en Madrid, volviese a formar parte del consejo de Italia.

La figura de Moles por su formación y trayectoria, así como por sus evidentes dotes como ministro y su fidelidad a la casa de Austria, constituye un buen ejemplo del perfil de los clientes que el Almirante reclutó en las provincias y en la corte. Sin embargo, su reputación se vio mermada por la decisión de aliarse con la reina Mariana de Neoburgo y sus criaturas como medio para imponerse en palacio. Algunos observadores consideraban que era una alianza fundada en el interés recíproco, ya que "el Almirante, siendo tan parcial como debe serlo de la Reyna, por lo menos en el exterior, porque se cree comúnmente que tiene otras ideas en el corazón". La apuesta por convertirse en árbitros de la sucesión a la corona española implicaba que el partido del Almirante tuviese un particular interés en controlar el nombramiento de los pro reges en los antemuros de la monarquía, donde se concentraban los principales efectivos del ejército, junto con los Países Bajos reales; el Estado de Milán y el principado de Cataluña. Consciente de que la pugna por la sucesión se jugaba en un tablero europeo que desbordaba el alcance de la aristocracia española, el Almirante favoreció aquellas candidaturas para estos puestos de principes del Sacro Imperio, ca-

\[13\] A. Álvarez-Ossorio, La República de las Parentelas, pp. 188 y 241.

\[14\] Carta fechada el 13 de febrero de 1698, sin remitente ni destinatario, sobre los negocios del Elector de Baviera en la corte de Madrid. AHN, E, leg. 3253.
paces de movilizar relaciones y recursos en los territorios situados entre Francia y los dominios de los Habsburgo. El Landgrave Jorge de Hessen-Darmstadt, pariente de la reina Mariana de Neoburgo, se convirtió en virrey de Cataluña con el apoyo del Almirante. Durante su estancia en la corte regia a finales de 1697 el Landgrave apoyó públicamente a este partido e "insistió tanto cuando estuvo en Madrid para que se declarase al Almirante Primer Ministro, a fin de que recañese sobre él la responsabilidad que aho- ra se diluye en todos". 13

En 1695 el Almirante consideraba su posición en la corte lo suficientemente consolidada para comenzar a dar los pasos decisivos con el fin de prevenir la sucesión. A pesar de que la guerra de la Liga de Augsburgo seguía su curso, con nuevos revés para los ejércitos de la monarquía, por entonces las principales cortes europeas comenzaban a diseñar el sistema posterior a la contienda, con la perspectiva de una eventual defunción de Carlos II. El Almirante estrechó su relación con algunos mandos militares y con determinados principes del Sacro Imperio. Carlos Enrique de Lorena contaba con un amplio historial de servicios en los ejércitos del rey católico, en particular en los Países Bajos durante las periódicas guerras con Francia y en las fases de paz armada. Gracias a estos servicios alcanzó los puestos superiores en el mando del ejército. El príncipe de Vaudémont ambicionaba ascender un peldaño más en su carrera y optar a puestos de virrey, preferentemente en Italia, aumentando su reputación y poder en la coyuntura crucial que se avecinaba.

3. EL PRÍNCIPE DE VAUDÉMONT Y SU ASCENSO AL GOBIERNO DE MILÁN

Carlos Enrique de Lorena había nacido en Bruselas en 1649. Era hijo natural de Carlos III duque de Lorena. En 1669 se casó con Ana Isabel de Lorena Elbeuf, enfrente del que nació un único hijo, Carlos Tomás de Lore- na. En marzo de 1675 Carlos II le concedió un collar de Toisón de Oro. 14 Asimismo, obtuvo una de las codicidadas llaves de palacio, que da- ban acceso a la persona del rey al servir la plaza de gentilhombre de cámara. Sin embargo, el espacio natural del príncipe lorenés no fue el de las antecámaras del alcázar, sino los campos de batalla y los destinos castrenses


Prevenir la sucesión en las provincias de la monarquía situadas en el corazón de Europa. Tras una dilatada carrera de servicio en el mando supremo de los ejércitos de Carlos II en los Países Bajos y el norte de Italia, había alcanzado el grado de gobernador de las Armas en el ejército de Flandes. Con todo, no había servido nunca plazas mixtas político-militares, como eran los oficios de virreyes y gobernadores en Europa. Por ello, carecía de experiencia gubernativa, aunque ambicionaba la dignidad de pro rœx en alguna de las provincias italianas.

A partir de mediados de 1695 el flujo epistolar entre el Almirante y Vaudémont se hizo más intenso, estableciéndose una alianza de intereses. Ante el cambio en el contenido de las cartas y el estrechamiento de la amistad, acordaron que las epístolas nunca fueran por el conducto oficial de las secretarías. El Almirante recomendó al príncipe que mantuviese un agente en Madrid que sirviera de intermediario en las futuras negociaciones. Estas labores serían desempeñadas por dos servidores del lorenés, Andrés de Zú- pide y Pagave. Las cartas se debían conducir por un medio discreto, dirigiéndola de forma encubierta a fray Gabriel Pontífex, confesor capuchino de la reina Mariana de Neoburgo. En una época en que las relaciones personales se fundaban en la cercanía o en la correspondencia, el extremo cuidado por las formas y modos de escribirse era crucial para un patrón cortesano cuya red de hechuras, criados y amigos se debía de extender por las embajadas y todos los dominios de la monarquía en Europa. Por ello se intercambiaron una cifra cuyo secreto iba garantizado por tres sellos y por los tipos de letra. En enero de 1696 el Almirante advirtió del valor simbólico de esta medida, indicando "remito la cifra y será menester porque mis confianzas no son a medias". 15

Durante años en las cartas intercambiadas entre el Almirante y Vaudémont se reiteraron los conceptos propios de la amistad política, una de las claves que vertebraban la participación en el regimiento de la comunidad durante el Antiguo Régimen. Ya desde febrero de 1696 el Almirante concluyó sus epístolas escribiendo con su mano "huyo hasta morir". En los tiempos difíciles del destierro de la corte a mediados de 1699, se reafirma ba en su lealtad como amigo declarando "si no me muero viviré con mi cora zón τuo aunque sea hasta el día del Juicio". 16 Con el tiempo esta cálida amistad se enfriaría, cuando las lealtades dinásticas prevalecieron sobre

15 El Almirante a Vaudémont. Madrid, 5 de enero de 1696. BNF, Collection des Provinces de France, Lorraine, 816, f. 2 y 3. En este fondo se halla depositada la extensa correspondencia del príncipe de Vaudémont durante su etapa como gobernador del Estado de Milán entre 1698 y 1707. Expreso mi gratitud al profesor José Javier Ruiz Ibáñez quien con generosidad llamó mi atención sobre este valioso fondo.
de la quiebra de los arquetipos confessionales durante el reinado de Carlos II, cuando las alianzas con potencias calvinistas, anglicanas y luteranas favorecían el conocimiento mutuo entre militares y ministros de distintos credos cristianos. La figura del almirante Ruyter fue otro ejemplo de la admisión que la conducta virtuosa de un reformado podía causar entre los servidores del rey católico.

La reina y Juan Tomás de Cabrera decidieron emplear a Vaudemont como conductor para una relación más estrecha con el monarca británico en previsión de tiempos cruciales, quien intercambiara epístolas con la reina por el conducto del confesor de la reina sin que se enterase su esposo Carlos II ni el resto de los ministros de la corte. El Almirante dispuso que las cartas de Guillermo de Orange “vengan en la misma forma que dirijas las mías, debajo de cubierta del padre confesor”. Con este sistema las cartas comenzaron a circular en ambos sentidos. Así, la reina se implicaba de forma directa en las alianzas que se estaban planteando en Europa con motivo de la sucesión, lo que tal vez equivalía a presuponer que la salud de la reina no permitía una larga esperanza de vida y que era cuanto menos improbable el nacimiento de un heredero. De otro modo, parecía difícil de entender que una reina consorte se arriesgase a mantener correspondencia con soberanos del norte de Europa a espaldas del consejo de Estado. A Vaudemont le prometió que esa labor de mediarino, llevada a cabo “con gran maña y discreción”, se vería recompensada en ocasión propicia. El Almirante le aseguró conversaría con la reina sobre sus pretensiones, “cuya protección tienes enteramente”. De este modo, actuaba como una especie de valido de la reina, siendo el intermediario de su favor y sus mercedes. Con el tiempo, los estrechos lazos entre el rey de Inglaterra y el prinipe lorenés serían utilizados por sus detractores, como el Elector Palatino, para cuestionar su lealtad a Carlos II.

La predisposición favorable de la reina debía esperar una situación adecuada para acabar de decidir su marido a recompensar los servicios de Vaudemont. En palabras del Almirante, “el estado de aquí pide observar los accidentes y momentos para conseguir lo que se desea, y ninguno de éstos perderá la Reyna por la benignidad con la que mira tus dependencias”. En junio de 1696 le avisó de que “la Reyna Nuestra Señora ha vuelto a hablar al rey sobre el gobierno de Milán, y ha hallado confirmada la buena disposición del ánimo de Su Majestad hacia ello que hemos reconocido antes,

pero apretándole sobre el cuñado parece que lo que se puede sacar es que no quiere apartarse de esos países mientras durara la guerra por el conocimiento y satisfacción grande con que se halla Su Majestad de tu persona y conducta en la constitución de esos países.\(^\text{3}\)\(^{\text{20}}\)

La presión de la reina sobre el cuñado de Carlos II alcanzaba cotas de particular intensidad con motivo de los periódicos y supuestos embarazos, o aprovechando las recetas en su estado de salud. El príncipe lorenés comprendió que sus expectativas de acceder al gobierno del Estado de Milán quedaban diferidas hasta el final de la guerra.

Por entonces Vaudémont tenía cuarenta y siete años, y sufriendo periódicamente afecciones reumáticas en piernas y brazos que dificultaban su movilidad. Por ello, de vez en cuando se trasladaba a Aquisgrán a "tomar aguas" y aliviarse de sus dolores. Ante la perspectiva de esperar unos años antes de ocupar el gobierno de la Lombardía decidió desviar sus aspiraciones hacia un destino más tranquilo y con un clima meridional. A mediados de 1696 planteó a su protector su preferencia por la isla. El Almirante se dio por enterado del cambio de planes del príncipe, a causa de los achaques que "le obligaba a pensar en el Virreyano de Sicilia más a propósito aquel clima para el reparo de ellos que no el de Milán". El patrón cortesano dirigió un extenso razonamiento al pretendiente por el que le aconsejaba desistir de la opción siciliana y preservar en el horizonte lombardo. En esta exhortación se pone de manifiesto el valor estratégico del Estado de Milán para el partido del Almirante. Según este aristócrata castellano "debe decirte mi Amistad que omitiendo el discurrir e cuál de los dos templos sea el mejor, pues el de Palermo tengo entendido que es sumamente húmedo y poco sano, se ofrece una circunstancia (a mi ver muy esencial) para apartarse de esta idea, pues acabando de pasar a Sicilia el duque de Veragua, mediando para ello el empeño y protección de la reyna, como no dudo habrás sabido, no parece creíble dejar de mantenerle en aquel Gobierno el dilatado tiempo que han estado sus dos antecesores, aun sin la particularidad que va referida, por cuya razón consideraba yo largo plazo para tu consuelo el de esperar aquella vacante. A esto se añade que la propensión que se ha conocido en el ánimo del Rey de inclinar a lo de Milán para tí nace del conocimiento que tiene de tus grandes prendas, y que en aquel paraje se necesita de una gran cabeza no sólo para el gobierno peculiar de aquel Estado, como para tanta dependencia como cada día se ofrecen con los Principes Vecinos, y más hoy que nunca por la postura de los intereses en Italia, siendo tan difícil puedan llegar en mucho tiempo a sospechar aquellas aguas tan movidas, pues aunque tu pasaje sea después de concluida la paz y que ésta se considere permanente, no es cuando menos hay que hacer en remediar los abu-

\(^{\text{20}}\) El Almirante a Vaudémont; Madrid, 21 de junio de 1696. BNF, Collection des Provinces de France, Lorraine, 816, f. 32.

\(^{\text{21}}\) El Almirante a Vaudémont; Madrid, 16 de agosto de 1696. BNF, Collection des Provinces de France, Lorraine, 816, f. 40-43.

\(^{\text{22}}\) Sobre la administración del condado de Módica y las baronías que poseía el Almirante remito a AHN, E. leg. 2159. En 1690 el Almirante echó un memorial al rey quejándose que en el año anterior no había cobrado las 13.364 onzas de pensión anual que tenía asignadas. Sobre estas rentas sicilianas los Enriquez de Cabrera situaban los pagos de dotes como ocurrió en 1671 en las capitulaciones con el marqués del Carpio.

\(^{\text{23}}\) Según se indica en una "Relación del proceder del Almirante de Castilla...", el Almirante apoyó que "Vaudémont fuera elegido gobernador de Milán y el príncipe Jorge de
Vaudémont se conformó con el criterio de su protector en Madrid. La coyuntura propicia durante tanto tiempo esperada llegó al firmarse la paz de Ryswick en septiembre de 1697. El partido del Almirante movilizó sus recursos y alcanzó los fines esperados. En octubre Carlos II comunicó al presidente del consejo de Italia, el marqués de Villafranca, su decisión de conceder la licencia que había pedido el marqués de Leganés y que iba a proceder a designar a su sucesor en el gobierno del Estado de Milán. Para ello indicó al consejo que le entregasen las propuestas por votos secretos, es decir, que cada regente provincial escribiese el nombre de tres candidatos y lo presentase en un sobre cerrado y sellado. Este procedimiento era el que en la práctica dejaba más margen de maniobra al monarca, que no tenía que posicionarse frente a un voto mayoritario a favor de un candidato, fragmentándose y diluyéndose así el parecer del consejo. Durante tres semanas el rey se demoró en publicar su decisión, hasta que el 11 de noviembre decretó “Nombró al Príncipe de Vaudémont.”

El 15 de enero de 1698 Carlos II rubricó el título de gobernador y se elaboraron las instrucciones y el resto de despachos, si bien hasta mayo el príncipe no llegaría a las tierras lombardas para tomar posesión de su nuevo cargo. En diciembre de 1697 su patrón el Almirante pasaba a vivir en palacio durmiendo en el cuarto de los Príncipes con el pretexto de salvaguardar su seguridad con motivo del desafío de otro aristócrata. Paradójicamente, el relevo en Milán contribuyó con el paso del tiempo a acelerar la caída en desgracia del Almirante. El gobernador saliente, el marqués de Leganés, regresó a Madrid y en la corte encaró un partido que se mostraba partidario de la casa de Austria en la sucesión. Leganés instó al embajador imperial, el conde Aloísio Luis de Harrach, para que se actuase con medios contundentes a fin de alejar de palacio al Almirante y a las criaturas de la reina, a las que consideraba causantes del desprestigio de la causa austriaca.

Vaudémont accedió al gobierno de Milán aunque su carrera hasta entonces había sido exclusivamente castrense, sin ejercer puestos políticos. Ésta era una práctica habitual durante el reinado de Carlos II, de modo que el puesto de general de la caballería en Milán fue la antiesala a la promoción al gobierno por parte de aristócratas españoles. Algunos gobernadores, como el príncipe de Ligne o el conde de Fuensalida, habían sido previamente virreyes en provincias europeas. Con todo, la condición de antemural de la monarquía convertía el gobierno lombardo en un destino preferentemente militar, circunstancia que se extremaba en aquella coyuntura de incertidumbre en la sucesión del trono y ante las aspiraciones territoriales que albergaban las grandes y pequeñas monarquías de Europa.

En 1698 los rivales de Vaudémont en la carrera por obtener el gobierno de Milán no sólo habían sido grandes de España o aristócratas italianos que aspiraban a este cargo. Ante la mala suerte del rey y la inminente sucesión la Lombardía se convirtió en objeto de las ambiciones territoriales de diversas dinastías en el ámbito del Sacro Imperio. Al igual que la Casa de Wittelsbach ejercía su patronazgo sobre los Países Bajos reales otros linajes del Imperio deseaban proyectarse sobre las provincias italianas de la monarquía católica. El interés por detentar el mando político y militar del territorio lombardo cuando falleciese el monarca obedecía a criterios estratégicos por los que cada dinastía buscaba reforzar su posición en un contexto de negociación y paz armada en Europa. La Casa de Neuborgo intentó persuadir para obtener la plaza para el príncipe Carlos Felipe del Palatinado e incluso la rama vienesa de la Casa de Austria insistió en varias ocasiones en que la dignidad de gobernador debía recaer en el archiduque Carlos.

En 1697 las familias del rey católico y de su segunda esposa competieron por ocupar un espacio de poder relevante en la enriquecida sucesión, pero por razones de equilibrio en Europa y ante el temor de provocar una nueva guerra los representantes diplomáticos de ambas dinastías en Madrid recibieron una negativa en respuesta a sus pretensiones. El camino quedaba despejado para el príncipe Lorenz.

Con todo, la presencia de Vaudémont en Milán suscitaba diversas especulaciones sobre el interés de la Casa de Lorena por la Lombardía, hasta el
punto que Luis XIV aprovechó esta situación para incluir un canje entre Lorena y la Lombardía en el tratado de partición suscrito en marzo de 1700 por Francia, Inglaterra y las Provincias Unidas. En octubre de 1698 en el anterior tratado de reparto las mismas potencias asignaron el Estado de Milán al archiduque Carlos, como medida de consolidación para la Casa de Austria que quedaba excluida del reparto de la monarquía entre Baviera y Francia. Las combinaciones diplomáticas en las cortes europeas sobre el destino de la Lombardía eran el escenario en el que tuvieron lugar el nombramiento y los primeros años del gobierno de Vaudémont.

Gracias al patronazgo de la reina Mariana de Neoburgo y del Almirante, Vaudémont se convirtió en gobernador del Estado de Milán en 1698. Permanecería en el puesto durante casi nueve años, durante los tiempos decisivos de la guerra de Sucesión en el escenario italiano, hasta la retirada del ejército galopín en marzo de 1707. Felipe V acreditó su confianza en el príncipe renovando su mandato por un trienio en mayo de 1701 y de forma indefinida en mayo de 1705, cuando todavía no se vislumbraba el derrumbe de la causa borbónica en Italia.27

En 1698 la estrategia del Almirante de colocar a sus amigos y clientes en el gobierno de los anteriores y en el mando de plazas fronterizas causó alarma en la corte de Versalles. El nuevo embajador del rey cristianismo, el marqués de Harcourt, debía neutralizar el intento del partido del Almirante de convertirse en los ámbitos de la sucesión, supuestamente a beneficio del Imperio. El III marqués de Los Balbases, en un encuentro con el embajador de Francia, le expuso con claridad la posición de este linaje genovés ante la coyuntura de la sucesión. No aceptarían que Francia gobernase a España, y tampoco tolerarían la desmembración de la monarquía. Para determinadas familias de la aristocracia de Génova era crucial mantener los estrechos lazos políticos, militares, sociales y económicos entre España e Italia, en los que la oligarquía ligar realizaba un papel ventajoso de intermediación por el que obtenía negocio y honor. Harcourt expresó la inquietud que le causaba la circunstancia de que los virreyes y gobernadores fronterizos fuesen hostiles a Francia y proclives a las otras candidaturas en la sucesión, pero Balbases aseguró que “el peligro era mayor en apariencia que en realidad, porque no había que el Príncipe de Vaudémont gobernase a Milán, ni el de Darmstadt a Cataluña, si los españoles subordinados

4. JUSTICIA, VITUALAS, EJÉRCITO Y DIPLOMACIA: LOS PILARES DE LA QUIETUD LOMBARDIA

Una vez que el príncipe comenzó a residir en Milán en mayo de 1698, escribió sus primeras cartas desde la metrópoli lombarda al rey y a su protector en la corte regia, el Almirante. En estas epístolas Vaudémont detallaba de forma retórica su programa de gobierno. El 7 de junio enumeraba a Carlos II sus tres prioridades.28 En primer lugar, velar por la administración de justicia civil y criminal, tanto distributiva como concentrativa. El prolongado período de guerra en la frontera occidental del Stato había favorecido los desórdenes y fue aprovechado por los poderosos para imponer su violencia a escala local. Según el gobernador eran frecuentes los homicidios, las aleuviosas y los robos en el campo y las ciudades. Había que restablecer el vigor de las leyes y extender la paz civil. En este sentido, el inicio del gobierno de Vaudémont se caracterizó por su rigor en la ejecución de las penas frente a los delincuentes que hacían inseguros los caminos y que habían asaltado el propio bagaje del príncipe en el camino de Pavia. La horca se convirtió en el símbolo ejemplar del nuevo gobernador, quien impuso una política de “estrupitazione dei ladri” y de represión de inmoralidad.29

Tras asentar la paz interior a través de las ejecuciones públicas de delincuentes con carácter ejemplar, la segunda prioridad consistió en mantener la quietud del pueblo asegurando la abundancia y el bajo precio de los alimentos de primera necesidad. Siguiendo una extensión máxima en el arte de gobierno durante el Antiguo Régimen, la abundancia de “annona” o vívi...
tuallas era considerada esencial, en particular en una provincia “muy corta”, y en la que las actividades mercantiles en el ámbito urbano habían experimentado un declive. La escasez y carestía del pan podía provocar disturbios populares. El gobernador denunciaba ante el rey las prácticas de corrupción oligárquica en la administración del abastecimiento alimenticio de las ciudades lombardas, que podía desestabilizar la provincia. Según Vaudémont el provisionamiento de las vituallas no se administraba bien y eran frecuentes los “monipodios” y las trazas contra el bien público. El antecesor del príncipe en el gobierno, el marqués de Leganés, le pudo poner en antecedentes sobre esta cuestión. Días antes de la llegada a Milán del nuevo gobernador, Leganés había reprochado públicamente al tribunal de Provisión que hubiese aumentado el precio del pan sin solicitarle previamente permiso. Con todo, revisar a fondo esta cuestión hubiese implicado un conflicto entre los ministros reales y los patricios lombardos, que controlaban los abastos y la recaudación fiscal en sus circunscripciones.

El príncipe estimaba que la provincia estaba “destituida de manufacturas, fábricas y artes en que pueda tener la plebe aplicación y alimento”. El fomento de las manufacturas y el comercio se habían convertido en uno de los ejes discursivos de la labor de gobierno en la monarquía de España. Desde la década de 1670 habían proliferado las iniciativas en este ámbito tanto del gobierno de corte como de los virreyes y autoridades locales, en actuaciones concertadas con la administración municipal y sectores de comerciantes y de la dirección gremial. Así, la actividad de la Giunta del Mercenio en la ciudad de Milán en 1675 era paralela a otras juntas de comercio que actuaban en las urbes de la corona de Aragón, en el contexto de las medidas para reactivar las manufacturas adoptadas durante el ministerio de Juan de Austria.

La tercera prioridad de Vaudémont era la manutención del ejército. El Estado de Milán, junto con los Países Bajos reales y el principado de Cataluña, era uno de los anteriores de la monarquía en Europa. Por ello, contaba con un nutrido contingente de infantería y caballería italiana y española, aunque en periodos de guerra soñaba estar en buen estado innovado en la defensa de los presidios y fortalezas, al igual que ocurría en Flandes. En vez de criticar la negligencia de sus antecesores en el cargo, el gobernador eligió de forma implícita al marqués de Leganés al elegir el “pie muy bueno” del ejército real en Lombardía. Como conclusión a su epístola, declaraba al rey su voluntad de respetar las constituciones salvo situación de urgencia forzosa o necesidad y gobernador siguiendo los principios de la economía, equidad, prudencia y cautela, máximas acordes con la compleja coyuntura en la que se encontraba la monarquía. Las alusiones a la razón de

31 El agente Gallignani al duque de Modena; Milán, 7 de mayo de 1698. ASMo, Archivio di Stato, Milano, 130.

estado y la razón natural se combinaban con la petición de tener el respaldo de la autoridad real para desempeñar con eficacia el puesto de pro rex.

Un día después de su misiva al monarca, Vaudémont se dirigió a su patrión en la corte real. En esta epístola se comenzaban a plantear los obstáculos estructurales para el ejercicio de su cargo. El principal era el poder de los tribunales y corporaciones, capaces de establecer alianzas en la corte de Madrid y desautorizar a los gobernadores. Así, desde el inicio de su gobierno intercambiaba reflexiones sobre la situación lombarda con el Almirante, sintiéndose de su experiencia como gobernador y de su capacidad para conseguir el respaldo a su gestión en la corte. Además de los tres puntos indicados en su carta a Carlos II, el príncipe añadía un cuarto esencial, la de mantener buenas relaciones con los potentes vecinos. “También me prometo que podré importarme de tiempo en tiempo con las noticias de lo que aquí se irá ofreciendo, pues cuando me puso aquí tu finza me concediste táticamente esta prerrogativa, asegurándote que no procuraré cansarte si no es en cuanto me sea permitido esperar que me ayudarás con tus dictámenes, los cuales debiera solicitar con ansia (aun abstayendo de nuestra amistad) sólo por la consideración de que has manejado esto con los aciertos que publican con suma complacencia mía estos naturales. Yo me he hecho en la hora como quien en país no conocido busca sendas sin querer abrirlas, y reduzco mis operaciones a sólo ver, oír y reconocer para entregarme después si es posible a alguna más activa, cuando me ayúden más radicales noticias que las que pueden suministrar la especulación que en esto quince días sólo me ha permitido penetrar que la suma de los negocios se reduce aquí a mantener estos pueblos en paz y con justicia, procurar que no le falte que comer y mantener este pie de ejército en el estado en que hoy se halla que es muy bueno, y una correspondencia amigablemente pasiva con estos Principes confiantes”. Al igual que ocurría con los Países Bajos en el norte de Europa, el Estado de Milán era uno de los polos en torno a los que gravitaba una incesante labor diplomática. La relación con los potentados había precipitado el declive de varios gobernadores, ante el riesgo de que sus actuaciones pudiesen ser de riesgo el diseño general de la política de estado de la monarquía.

5. “TANTOS GOBERNADORES COMO TRIBUNALES, TANTOS REYES COMO CABEZAS”: LA PUGNA DEL GOBERNADOR CON LAS REDES MINISTERIALES

Vaudémont indicó al Almirante que el descrédito de la posición del gobernador frente a los poderes locales dificultaba la adopción de decisiones relevantes. “Nada de esto parecerá dificultoso a la primera luz con que se vienen a los ojos tres reflexiones que hacen tan poco volumen, pero con todo este te aseguro que ni yo ni nadie acertará a darles el expediente que
comprender como la tuya las individualidades que son del caso, ni tampoco lo ejecuto en una representación que hago sobre esto a Su Majestad tocando la materia en general, pero lo que te suplico es que cargues la reflexión sobre ello, y que me ayudes para que se corriga una planta tan mal trazada como la que sigue ese Consejo de Italia, que es el que he citado al que se arriman estos tribunales para forcejear contra el Gobierno, teniendo bien presente que cuando me hiciste merced de decirme a fines de la Campaña de 1695 que Su Majestad me destinaba para estos cargos era por dos motivos, el uno porque me juzgaba capaz de remediar algunos abusos que había introducido aquí el desorden de la guerra, y el otro que a vuestras de esta ocupación consiguiese el tener aquí algún descanso, y respirar de lo mucho que he trabajado en Flandes, pero mal se logrará la benigna intención de Nuestro Amo si esto subsiste en el estado en que lo he hallado, porque no yo puedo desgravarlo a los que recurren a la protección de Su Majestad pidiendo Justicia contra homicidas y asesinos, ni hacer florecer la abundancia que piden los pueblos exculuido como estoy del arbitrio que reservadamente tienen aquí algunos Ministros, ni podré preservar en el útil de los intereses del Rey con estos Príncipes circunvecinos, cuando me hallo que se valen para los suyos de los primeros y mejores sujetos que Su Majestad tiene en estos Tribunales y Consejos. Estos absurdos corren aquí tan canzonizados que ya no pasan por tales, ni les parece irregular el que Ministros Milaneses voten en los Consejos de Su Majestad y negocien al mismo tiempo con todas las credenciales a favor de Príncipes vecinos".32

Las complicidades y confidencias entre los ministros lombardos y los potestados vecinos no eran un fenómeno nuevo en el Estado de Italia. Incluso en tiempos de Carlos V los príncipes italianos aliados del césar acosumbraban a presentar a su recomendados en caso de vacantes en los tribunales. Esta práctica se fue atenuando durante el reinado de Felipe II, cuando la pérdida de la dignidad imperial y la configuración de la monarquía de España contribuyeron poderosamente a delimitar la propia territorialidad de los dominios del rey católico en Italia. En tiempos de Carlos II las cartas de recomendación para promociones ministeriales en Milán algunas veces las remitían Leopoldo I y otros miembros de la familia imperial. En la última década de la centuria, el apogeo de la Casa de Neoburgo tras sus enlaces nupciales en el norte de Italia y la península ibérica se reflejo en el carácter extraordinario que se concedió al senador Cesare Pagani, al que se le reconoció rango de enviado del Elector del Palatinado. La doble función de Pagani, a la vez ministro supremo del rey y representante de un príncipe forastero, suscitó la irritación de los gobernadores. El marqués de Legán se quejó ante el Almirante del "natural revolto" del senador ins-

32 El príncipe de Vaudemont al Almirante de Castilla; Milán, 8 de junio de 1698. AHN, E, leg. 4838.
tó en repetidas ocasiones para que se le privase del irreligioso carácter de envidio del hermano de la reina Mariana de Neoburgo. 33 Por su parte, a fines de 1699 Vaudémont expresó sus recelos ante la estrecha correspondencia mantenida entre el duque de Modena y el conde Filippo Archinto Arese, uno de los senadores milaneses más poderosos tanto por sus lazos de parentesco y amistad como por su experiencia en el servicio al rey en puestos diplomáticos y políticos en Flandes, Inglaterra y el Imperio. 34 Filippo Archinto había sido uno de los hombres de confianza del príncipe en el inicio de su gobierno. En particular, el potentado que suscitaba más inquietud en el gobernador era el duque de Saboya, "peligroso vecino" siempre intrigando en los negocios lombardos con sus "trampas." 35

Parece significativa la denuncia sobre las redes de complicidad existentes entre el ministerio local y los potentados vecinos, ya que Vaudémont había servido durante varias décadas en los Países Bajos reales, rodeado al igual que la Lombardía de potencias forasteras deseadas de influir en el proceso de toma de decisiones en la corte de Bruselas. ¿No actuaba a veces el príncipe como intermediario de los intereses de la Casa de Lorena? ¿No alardeaba de su correspondencia fluida con Guillermo de Orange y el emperador Leopoldo I? Otros pro reges de Carlos II en Europa, como el príncipe Alessandro Farnese, que fue gobernador de los Países Bajos, también fundaron su carrera en el papel de enlace entre la monarquía y el ducado de Parma regido por los Farnesio. Sin embargo, parece que el gobernador establecía una radical diferencia entre la esfera del servicio al monarca por parte de potentados europeos y el ámbito inferior de actuación de los ministros naturales. No tenía presente que la razón de líneaje llevaba a las casas del patriciado milanes a reforzar sus lazos con los potentados vecinos en una época de incertidumbre sucesoria.

El alargamiento de la tradicional sombra del emperador en Lombardía era la máxima expresión de un proceso que, a escala más reducida, afectaba a las potencias del norte de Italia. Concluyó Vaudémont su epístola al Almirante declarando que "yo te confieso que no entiendo cómo esto sea compatible, y mucho menos cómo acertar a desempeñar lo que debe al Rey, corriendo estos inconvenientes y, sobre todo, la poca cautela con que entiendo se mortifica a cada paso al Gobernador y Capitán General de este Estado que recibe por la voz de sus subalternos las reprochesiones que ahi le han solicitado, que es cuanto te puedo decir por ahora, y lo que te podré repetir siempre, remitiendo a la generalidad de esta planta los individuos que se irán ofreciendo si no se pusiere el remedio que es el que libro en tu patricionio y espero deber a tus oficios". 36 En determinadas circunstancias el Senado, los Magistrados y otros ministros, así como la Congregación del Estado, elevaban sus cartas al consejo de Italia denominando las extralimitaciones del gobernador. El Almirante debía contrapesar estas instancias ante Carlos II y Mariana de Neoburgo, al igual que ante las otras instancias relevantes con respecto al gobierno de la Lombardía, como el consejo de Estado o personajes influyentes como el secretario del despacho universal y los confesores regios.

El recelo de Vaudémont frente al poder de los tribunales supremos se materializó en un incidente público que tuvo lugar a los pocos meses de establecerse en Milán. En los primeros días de enero de 1699 el príncipe ordenó al Senado que concurriese a la acostumbrada función de gracias. Durante más de un siglo, la presencia del Senado en diversas solemnidades civiles y sacramentales había sido causa de prolongados conflictos por la cuestión de la procedencia pública, por la que pugnaban el Senado y el Consejo Secreto. 37 La negativa del Senado a comparecer en la función alegando sus derechos en el ceremonial provocó un conflicto abierto con el gobernador, quien interpretó que se estaban desobedeciendo abiertamente sus órdenes y cuestionando su autoridad. 38 Además de escribir al monarca, Vaudémont se lamentó ante el Almirante sobre el proceder del Senado en este asunto, que "tiene evidentemente la autoridad del Rey, y su real representación, colocada en mi Persona y sucesores". Consideraba que había llegado el momento de realizar una demostración pública que frenase la arrogancia del tribunal. En caso de no "escarmentar la independencia a que camina el Senado, te confieso que será querer muy voluntariamente que este acto consentido sirva de cimiento a la fábrica de una República". 39

El Almirante se mostró receptivo ante los lamentos del gobernador, ya que semejantes lances también tuvieron lugar durante su mandato en Milán. "Nada me hace novedad porque como el fin que siempre ha llevado aquel Tribunal con los Gobernadores de ese Estado, en que puedo hablar por experiencia propia, sin fallarme tampoco el conocimiento de los individuos que al presente le componen". 40 La negociación concreta a este respecto la llevó a cabo el patrón cortesano en contacto cotidiano con el agente del príncipe en Madrid, Andrés de Zúñide, procedimiento habitual en tales asuntos.

La equiparación entre las amplias competencias del Senado y el diseño republicano para gobernar la Lombardía no era nueva y se había repetido

---

33 AHN, E. leg. 3253.
34 AGS, E. leg. 3427.
35 Vaudémont al Almirante; Milán, 22 de junio de 1698. AHN, E. leg. 4838.
36 Vaudémont al Almirante; Milán, 8 de junio de 1698. AHN, E. leg. 4838.
37 Me remito a mi estudio “La corte de los gobernadores del Estado de Milán” en C. Büsiges (coord.): Eine Monarchie der Höhe. Der wäckerkönigliche Hof als politischer kommunikationsraum in der spanischen Monarchie (16-17 Jahrhundert), Bielefeld (en prensa).
38 Un informe del incidente en AGS, E. leg. 3427.
39 Vaudémont al Almirante; Milán, 18 de enero de 1699. BNF, Collection des Provinces de France, Lorraine, 817, f. 53.
40 El Almirante a Vaudémont; Madrid, 22 de enero de 1699. BNF, Collection des Provinces de France, Lorraine, 817, f. 7.
por diversos ministros españoles y gobernadores durante un siglo y medio, sin que el consejo de Italia llegase a alarmarse o recelar de la institución clave de la administración en Milán. Un mes después, el príncipe reiteraba sus lamentos al Almirante, esperando que el rey se decidiese a ordenar alguna demostración "que corrija la suma ambición de la toga". De este modo, quedaba en evidencia uno de los conflictos que subyacían en la rivalidad estructural entre el gobernador y el Senado. La espada reclamada la preeminencia sobre la tuga y quería mermar sus atribuciones en el gobierno lombardo. Un militar forastero como Vaudémont quería que públicamente se obligase a someterse a los dictados del pro rex a un tribunal compuesto por letrados naturales y españoles.

La protección del Almirante y la reina se revelaron eficaces en la controversia entre el gobernador y el Senado. En abril de 1699 se recibió en Milán el despacho regio por el que se daba la razón a Vaudémont y se ordenaba al Senado ir a recibirlo y acompañarlo incluso aunque el príncipe permaneciese sentado en su silla, debiendo acudir a su presencia cada vez que fueran llamados. A pesar de esta derrota en el ceremonial, el Senado conservaba intactas sus amplias atribuciones. Desde la dominación francesa del Stato a principios del siglo xvi y posteriormente por voluntad declarada de los Perrenot bajo Carlos V el Senado era un contrapeso poderoso que limitaba en Milán el margen de maniobra del gobernador, como el consejo de Italia reducía su influencia en Madrid. Los cuerpos letrados en Milán y la corte regia constreñían los poderes de los gobernadores, quienes a la postre nunca lograron desbaratar la "suma ambición de la tuga", expresión de una forma de concebir el arte de gobierno de la provincia lombarda.

6. HECHURAS, NACIONES Y OFICIOS. LAS REDES DE FIDELIDAD

¿Cuáles eran las hechuras del Almirante en Milán por cuyos intereses debía velar el gobernador? Se puede destacar en primer lugar a la familia Casnedi. En 1689 el marqués Francesco Maria Casnedi había comprado la futura sucesión al puesto de superintendente general de las fortificaciones, con el derecho a entrar en el Consejo Secretó, por cinco mil dólareos. Al tratar este negocio en el consejo de Italia, el regente nacional lombardo Giorgio Clerici no había votado ya que estaba unido al pretendiente por lazos de parentesco político. Caterina Pallavicino, madre de Francesco Maria Casnedi, se había desposado en segundas nupcias con el marqués Giorgio Clerici. A mediados de 1698 la influencia benéfica del Almirante permitió a Casnedi obtener el grado de general de artillería. Además, el Almirante dispensaba su protección a algunos ministros supremos, como el cuestor Francesco Stoppani y el senador Ignacio Álvarez. Por otro lado, alentaba la promoción de su hermanastro, Juan Simón Enríquez.

Los Stoppani eran al umbral de la nueva centuria una familia pujante de origen humilde. Durante el segundo tercio del siglo xvii las actividades mercantiles y financieras ejercidas en Como y Madrid les habían permitido acumular un capital que en parte transformaron en poder y honor aprovechando las oportunidades que les brindaba el sistema político. En 1685 compraron en la corte regia una plaza de cuestor de capa y espada en el Magistrado Extraordinario, cuando el conde de Melgar estaba finalizando su gobierno en Milán. En la última década de la centuria, los Stoppani se aproximaron a la red que rodeaba a Mariana de Neoburgo. El Almirante encomendó al nuevo gobernador al cuestor Francesco Stoppani. La reina también amparó los deseos de medrar de Antonio Stoppani, primo del cuestor. En febrero de 1699 Vaudémont daba cuenta a su patrón del enfrentamiento de naciones que se había suscitado con una provisión alentada por la reina. "He tenido una orden de la Reyna Nuestra Señora para conferir a Don Antonio Estepani el puesto de Auditor General de este Ejército". Esta promoción había provocado el malestar de los pretendientes hispanos. "Y habiendo sabido que recurren los españoles alegando que esta es Plaza suya, he pensado prevenir de ello y que no habiendo orden del rey que lo declare, ni que excluya a los Italianos, parece milita esta razón a favor del provisión, además de la que le dan los muchos visos que tiene de español, como son el mantener casa abierta en esta Corte de tantos años a esta parte, y ser Primo carnal del Cuestor Estopani que goza de plaza de español y está calificado por tal, por cuyas circunstancias me persuado a que en esta provisión merece que tu apoyo la mantenga, así por el empeño de la Reyna Nuestra Señora como por las honras que te merece el cuestor Estopani, y son los únicos motivos que han prevalecido en mi para hacer esta merced a su Primo a quien para excusar embarazos se le pudiera conceder la natura-

43 El agente Gallignani al duque de Módena; Milán, 29 de abril de 1699. ASMo, Ambasciatori, Milano, 130.
44 Las frecuentes recomendaciones del Almirante al gobernador a favor del marqués Casnedi en RNF, Collection des Provinces de France, Lorraine, 817, f. 12 (Madrid, 6 de febrero de 1699). Las aulasiones al padre Casnedi en ibid., f. 81. Otras recomendaciones del Almirante sobre los intereses del marqués Casnedi en AHN, E, leg. 4838.
45 AHN, E, leg. 1885.
leza de español, o mandar Su Magestad por su real despacho que por esta vez, y sin consecuencia de ejemplar ejeza este sujeto el referido puesto”.47 Francesco Stoppani había obtenido una declaración del Senado por la que se le reconocía prerrogativa de español para acceder a las plazas reservadas a esta nación. Casi todos los puestos que se otorgaban a españoles en la Lombardía se les concedía por costumbre y no por decretos positivos del monarca, tras un largo proceso durante los reinados de Felipe II y Felipe III tras el que se estableció el reparto de oficios entre naciones. Lo mismo sucedía con la plaza de Auditor General del Ejército. Con todo, el gobernador deseaba que se naturalizase como español a su primo Stoppani para privar de fundamento las sospechas de los españoles que aspiraban a esa plaza.

Parece significativa la presencia de los Stoppani entre las familias a las que el Almirante brindaba su protección. Los Stoppani eran una parentela que ejemplificaba el ascenso de los plebeyos advenedizos, capaces de cambiar oro por honor y preparados para obtener el máximo rendimiento de sus oportunidades en un escenario cambiante. Por ello, fueron capaces de sacar provecho de la reconstrucción de la venalidad de las instituciones. En 1702 la presencia de Felipe V en Milán les permitió obtener del monarca nuevos medios en los tribunales lombardos. Cuatro años después se adaptaban velocemente al dominio austriaco y prestaban relevantes servicios a las tropas imperiales.48

La controversia surgida por la provisión de la plaza de Auditor General del Ejército pone de relieve la complejidad de las redes de clientelismo y negocio en los entornos de la reina, el Almirante y el propio gobernador. Así lo indicaba el representante diplomático del duque de Modena, quien informaba a su señor de que Vaudémont había logrado acallar las quejas de los letrados españoles perjudicados por la promoción de un italiano. El podestà de la ciudad de Milán, Juan de Herrera, como decano de los jueces españoles que esperaban ser promovidos a los puestos supremos vitalicios desde el desempleo de plazas temporales, se entrevistó con el príncipe para exponerle su malestar. Sin embargo, el gobernador le disuadió de recurrir al rey, “onde il Podestà intimorato s’acqueito”.49 En cambio, los oficiales del sueldo del ejército, que eran un ámbito controlado por los españoles, se pusieron de forma más resuelta: “Comparar paro all’offizii del solido il Stoppani con la Patente da registrarsi in quelli regii librì, ricusarono di farlo, facendo consulta al Governatore con dimostrazione d’esser la Nazione spanuola in possesso di detto Auditori dall’anno 1560 in qua”. Vaudémont rechazó los argumentos esgrimidos por los oficiales y decretó un no obstante, es decir, que a pesar de las alegaciones debía de ejecutarse la orden de inmediato. Según el observador diplomático, la razón de esta actitud era el interés en contante. “Ha voluto il Principe sostenere il suo impegno per il regalo fattogli di 4.000 Felipi, la maggior parte di qualì ha fatto rimettere col mezzo del Banchier Tosi al figlio a Vienna, e date anche 100 Doble all’Avera, compositore del Dramma Ariostivo, che si va recitando”.50 De ser acertadas tales indicaciones, el dinero de los Stoppani servía para mantener con decoro la presencia del príncipe Carlos Tomás de Lorena en la corte imperial, a la vez que permitía sufragar parte de los cuantiosos gastos originados por la magnificencia festiva de la corte del gobernador y su afición al género lírico.

En pocos años los Stoppani habían conseguido quedar en dos ocasiones la reserva de plazas a españoles, al acceder en 1685 a un cuestorato español y en 1699 al auditorato general del ejército. Para ello, alegaron su propia españolidad y contaron con medios poderosos, desde el apoyo de la reina Mariana de Neoburgo hasta la complicitad del Almirante y del gobernador. La “nación española” en Milán, es decir, aquellos letrados peninsulares que servían plazas bienales con la esperanza de optar a los puestos de ministros supremos, acumulaban su resentimiento viéndose postergados, en una coyuntura en la que la propia supervivencia de la monarquía en Italia pronto quedaría en entredicho.

El caso Stoppani que tuvo lugar en 1699 no fue el único episodio de enfrentamiento abierto entre las distintas naciones que formaban parte de la monarquía en Europa. Entre 1703 y 1704 llegaron al consejo de Italia varias denuncias que reprochaban que el gobernador consintiese que los oficiales del sueldo del ejército ya no fuesen servidos por españoles “ejectivos”. Se indicaba que el contador principal del ejército, Antonio Illoni, aunque se presentaba como flamenco en realidad era genovés. Asimismo, se denunciaban los manejos del contador Illoni con el secretario de Guerra Manuel de Zunzenu y con Francisco Celmenero, implicándose en tales negociaciones a la princesa de Vaudémont.51 Además de los Casnedi y los Stoppani, se puede destacar el desvelo del Almirante por velar los intereses de Juan Simón Enríquez, hijo natural de su padre. En enero de 1699 requirió a Vaudémont que le consultase para el puesto militar de gobernador de la ciudad de Cremona, plaza que prefería a la de gobernador de Alessandria. Sin embargo, el consejo de Italia bloqueó

47 Vaudémont al Almirante; Milán, 16 de febrero de 1699. BNF. Collection des Provinces de France, Lorraine, 817, f. 50.

48 Véase el diario de Milán entre 1706 y 1707 en BNF. Collection des Provinces de France, Lorraine, 817. En los primeros días de la ocupación imperial de Milán el cuestor Francesco Stoppani ejerció el oficio de Correo Mayor.

49 En 1706 Juan de Herrera fue nombrado Gran Canciller, puesto que sirvió durante unos meses hasta la ocupación imperial de la Lombardía. ASMI, Uffici Regi p. a., 84.

50 El agente Gallignani al duque de Modena; Milán, 25 de febrero de 1699. ASMI, Ambasciatori, Milano, 130.

51 AHN, E, leg. 1985. En plena guerra, el consejo de Italia resolvió no profundizar en el contenido de las denuncias y resolvió que se archivarían en la secretaría de Milán.
esta pretensión y se tuvo que conformar con Alessandria. Juan Simón acabó sufriendo las consecuencias de la caída de su hermano y, en particular, cuando decidió abandonar España y trasladarse a Portugal para seguir el partido de la Casa de Austria en 1702. La defeción del Almirante convirtió en sospechoso a su hermanastro, quien fue retirado del servicio de su plaza y encarcelado en un castillo en octubre de 1702.52

7. DEL VALOR ENCUBIERTO AL DESIERTO DE LA CORTE: LA CAÍDA DEL ALMIRANTE DESDE LA PERSPECTIVA LOMBARDADA

En 1699 los acontecimientos dentro de la corte regia y el escenario europeo se precipitaron de modo que el dilema sucesorio quedó planteado en primer plano. El 20 de febrero el Almirante informaba al gobernador de la llegada a palacio de un correo expreso que avisó del fallecimiento del príncipe electoral de Baviera, posible heredero de la monarquía de España. A pesar de las pretensiones de otras dinastías menores como la de Saboya, la alternativa pasaba a centrarse en las dos principales casas reinantes de la Europa católica, las de Borbón y Austria.

Con el fin de reforzar su posición en la corte, en noviembre de 1697 el Almirante había respaldado la elección de un regimiento de guardia del rey. Según indicó a Vaudémont, estas tropas debían servir a la majestad de "inmortal de su decoro". El puesto de coronel de este regimiento se otorgó al príncipe Jorge de Hessen-Darmstadt, vinculado por entonces al partido de la reina, mientras que el teniente coronel fue el conde de Urs, considerado una hechura del Almirante. La formación del regimiento suscitó una intensa polémica en la corte, de forma que diversos consejeros y aristócratas se posicionaron públicamente a favor de reformarlo. El regimiento se trasladó de la corte a Toledo, aunque sus detractores siguieron su campaña hasta conseguir su disolución en agosto de 1698. Conviene tener presente que el Almirante conocía de primera mano el sentido político de crear una guardia nutrida y con potencia de fuego en Madrid, ya que él había formado parte del mando de la Chamberta durante la regencia de Mariana de Austria. La articulación de una guardia en primera instancia reforzaba a la facción que controlaba el gobierno de la monarquía, pero tenía otras consecuencias más inquietantes. Al restringir el margen de maniobra de los grupos opositores, los acababa empujando hacia la sedición violenta, ya que sólo una fuerza comparable a la de la guardia podía desalojar del poder a quienes lo detentaban. Con el fin de neutralizar a la Chamberta, en enero de 1677 Juan José de Austria y los aristócratas que le seguían habían organizado un ejército de quince mil hombres para amenazar la Villa coronada y forzar la disolución de la Chamberta y la caída de los valedores. En abril de 1699 los aristócratas y ministros contrarios al Almirante, al conde de Oropesa y a la reina Mariana de Neoburgo encauzaron en sentido faccional el descontento popular provocado por una crisis de subsistencia ante la falta de pan y la carestía de los alimentos. Se puede afirmar que a la violencia latente de la constitución de los regimientos de guardia la sociedad política de la corte respondió con movimientos de violencia abierta. El motín de los Gatos supuso el destierro del Almirante. Vaudémont había perdido a su principal valedor en la corte regia, aunque la reina Mariana de Neoburgo continuaba en palacio, viendo su margen de actuación limitado por la omnipotencia del arzobispo de Toledo, el cardenal Luis Manuel Fernández de Portocarrero.55

El alejamiento del príncipe estaba en sí mismo un género de la literatura cortesana. Los aristócratas impulsados fuera de la gravitación en torno al astro solar transformaban de golpe a filósofos que encontraban un filón de oportunidades a un nuevo género de vida. Juan Tomás Enríquez de Cabrera se dejó contagiar de este humor bucólico. En las epístolas de inspiración estética que dirigió a su amigo Vaudémont ponderaba las ventajas de haber dejado atrás las intrigas de palacio. "Mi ausencia de la Corte motivó aquel triste motivo de que no te hubo más largo por considerarte con distintas noticias de él. Yo no sé si me ha sido de más satisfacción que de disgusto". Al llegar a Milán las primeras nuevas del motín, el príncipe Vaudémont expresó su turbación por las alteraciones populares en Madrid, imaginando "el cuidado y desazón que habrá ocasionado el alboroto de ese Pueblo, que por ser el primero se hace más reparable". El pueblo de Madrid, tras olvidar su pasado comunero, tenía reputación de fidelísimos, en contraste con las revueltas acaecidas en otros territorios de la monarquía. Los calores de la ciudad de Granada en pleno estío se mezclaron con la aparente resignación del patriarca desterrado, quien entonaba una alabanza de...
aldea. “Te gozarás de tenerme fuera de la Corte en un tiempo tan lleno de confusión, desbarato y sin decoro. Yo paso aquí la vida bien divertido en el paraje más ameno buscando el ejercicio y hallando la salud en el campo, pudiendo decirte con verdad que ha muchos años que no paso días tan segados, tan serenos y tan gustosos”. El Almirante parecía sólo lamentar el extrañamiento de la cercanía al favor real porque le impedía servir eficazmente a su amigo destinado a Milán. Pero siguió recomendando al gobernador a militares como el capitán de infantería Juan de Castro, hijo de un consejero de Hacienda, y el senador Ignacio Álvarez, prudente, desinteresado y digno en palabras de su protector, quien solicitaba que “le favorezcas en todo”. En noviembre de 1699 partió de Granada hacia San Lúcar. En diciembre pasaba por Utrera y no dejaba de dar cuenta a su amigo de sus pasos. En septiembre de 1700 le escribía desde su tierras solariegas de Medina de Rioscos, pocas semanas antes de que el fallecimiento del soberano impusiera un cambio irreversible al estado de la monarquía. Por fin, el Almirante logró el permiso para regresar a una corte regia en la que prevalecían sus rivales, encabezados por el cardenal Portocarrero, quien en la práctica dirigía la regencia.

“Amigos hasta morir” era la última frase con la que el Almirante y Vaudémont concluían sus cartas durante años. La muerte de Carlos II y el advenimiento al trono de Felipe V pusieron en una situación difícil al gobernador, cuyas excelentes relaciones con el rey de Inglaterra Guillermo de Orange y con el emperador Leopoldo I eran públicamente conocidas. El hijo único del príncipe era uno de los generales del ejército austriaco. Pero Vaudémont emprendió un giro radical en sus amistades y apoyos, estableciendo estrechos lazos con redes influentes de la corte de Versalles, así como con el mandato militar del ejército francés que comenzó a ocupar el territorio lombardo. El testamento de Carlos II y el inicio del gobierno borbónico en la monarquía de España aceleraba la desintegración del que meses antes se denominaba como “partido del Almirante” en la correspondencia diplomática en Madrid y en Milán. En 1702 la decisión de Juan Tomás Enríquez de Cabrera de huir a Portugal en vez de servir la embajada en Francia precipitó una redefinición de fidelidades entre sus antiguos amigos y clientes. Algunos mantuvieron oculta su predisposición a favor de la casa de Austria, esperando una coyuntura propicia para declararse, como

---

98 El Almirante a Vaudémont: Granada, 22 de septiembre de 1699. BNF, Collection des Provinces de France, Lorraine, 817, f. 32.
99 En las instrucciones al nuevo embajador de Francia, el conde de Marcín, se indicaba sobre el Almirante que “no se le conoce ningún amigo verdadero” (citado por C. Fernández Duro, op. cit., p. 60).
101 Las rentas procedentes del estado de Módena eran ambicionadas por numerosos aristócratas, y sólo personajes muy destacados consiguieron aceder a estos fondos. AHN, E, leg. 2285/2. Ordenes reales sobre las rentas del estado de Módena a favor del duque de Mantua y del príncipe de Vaudémont.